

"Rosa infinita"

(Homenaje a profesores y estudiantes, talentos de la cotidianidad)

iHola, amigos estudiantes!
Orgullo tengo en decir
Los quiero y admiro mucho
Con ustedes, soy feliz.

En este día de gloria.
"Día del Educador"
Me acerco a ustedes, contenta,
Comparto una reflexión.

Quiero decirles, amigos,
Que el homenaje mejor
Es ver en todos creciendo
Inteligencia y amor

Que cuando pasen los años
Y recreándome esté
En un lugar de mi Cuba
Un abrazo usted me de.

Que estando bien distraída
Me sorprenda una pregunta
¿Es usted la profesora
De las clases que me gustan?

Quizás no te reconozca
Pues algo anciana estaré
Pero no importa quién seas...
iBien te lo agradeceré!

Luz pondrás en mis pupilas
También brillo al corazón
Momentos que no se olvidan
Llenándonos de emoción.

Y si, por demás, me cuentas
De tus sueños y tus luchas
Me colmaré de alegría
Practicando buena escucha.

Adiós dirás, sonriendo
Con tu risa juvenil
Y me sentiré dichosa
De aportar al porvenir.

En intercambio de afectos
Para el saber construir
Los dos salimos ganando
iEs bueno sentirse así!

Y seguirás tu camino
Lleno de satisfacción
Porque obsequiaste una rosa
A una que el rosal cuidó

Así, entonces, prolongada
Viviré otra vida yo
Porque educar es antorcha
Y el fuego no se apagó.

Gracias damos, estudiantes,
En la lucidez de hoy.
Felicidades, nos vamos...
iLa clase ya terminó!

María Rosa Sala Adam
Diciembre 2012



Creati Consejería

En esta Jornada, compartimos este regalo cognitivo y afectivo ...

¡Felicidades, educadores!

Palabras del Dr. Eusebio Leal, Historiador de La Habana, en el espacio “El Autor v su Obra”, dedicado a él.



Eusebio Leal junto a María del Carmen Barcia, Aracely García-Carranza y Eduardo Torres Cuevas

Me habría encantado poder disfrutar de la vanidad. Debe de ser algo delicioso sentir una gran egolatría, verse en el espejo con una gran conformidad con uno mismo; pensar, como el personaje de Manuel Mujica Lainez en *Bomarzo*, que se es inmortal, y solamente disfrutar del momento en que se revele el misterio de lo efímero. **Pero no pude disfrutar de eso. Cuando los escuchaba a ellos, mis amigos Aracely García-Carranza, María del Carmen Barcia y Eduardo Torres-Cuevas, pensaba en que me informaré muy bien de ahora en lo adelante cuando se traten de organizar actos similares, para evitarlos. No porque rechace yo el cariño; diría hoy que lo necesito.**

Se trata tal vez de una confabulación de los amigos, que han venido a reunirse como un escudo protector y de manera pública, cuando quizás en algún serpentario, en algún ofidiario, pretenden lanzar una paloma a su goce y disfrute.

Lo que ocurre hoy es que hace muchos años volé de aquí a otras esferas y no podrán alcanzarme. Esas palabras las leo siempre porque están escritas en un aeropuerto en Europa donde mi amigo Oswaldo Guayasamín realizó un espléndido

mural que muestra el sacrificio de Rumiñahui, el gran héroe ecuatoriano de aquellos años de gesta, de resistencia y lucha: “No les alcanzará la cuerda para atarnos”. Y efectivamente, no les va a alcanzar la cuerda, porque podría regresar al estado primigenio, natural, que Eduardo, y empezaré por él, ha evocado.

Nunca uno debe olvidar sus orígenes. Mis orígenes están en mi ciudad, en mi madre, Silvia Spengler, en lo que aprendí de ella, en la memoria de los que me quisieron, en mi familia, en su terca voluntad de “estudia para que no pases lo que yo pasé”.

Me alegra pensar que en ese libro (*Fiñes*) describo, con gozo más que con pena, que los niños de la casa del doctor a los que mi mamá iba a preparar en el período de vacaciones fueron clementes y buenos conmigo, de modo que no vacilaron en revelar al pequeño Sana, como me decían, qué había detrás del *chifforobe*, el extraño nombre que se daba a un escaparatito que estaba en el cuarto de los niños colocado en la esquina, y detrás, en esa esquina, se formaba una especie de pequeño cuarto en el cual estaba lo más precioso: un león de cartón, un arco y una flecha, y otros juguetes.

Pero un día descubrí que los niños reservaban un tesoro más importante: había un cuarto donde existía una biblioteca infantil, y allí estaban los maravillosos tomitos que disfruté leyendo sobre el frío suelo, antes de ir a la biblioteca pública de la Sociedad Económica de Amigos del País, no sin antes pasar por el misterioso portón cubierto por el florido jazmín de cinco hojas **en la casa de Alfredo Hornedo, a quien esperábamos todas las tardes los fiñes para pedirle aquella especie de tributo que el que fue pobre alguna vez quería dar a los niños del barrio.** Se abría el portón y pasaba aquel hombre de tez trigueña, pelo blanco y traje gris listado, que nos iba entregando los medios republicanos envueltos en un paquetico que todavía recuerdo. **Son memorias importantes, porque es lo que queda en nosotros cuando se olvida –o no se olvida– lo que se leyó en los libros.**

Después, necesariamente, me voy a Carmen, porque Carmen evoca el momento del arribo a la universidad. Fue un proceso, porque el que llegaba era hijo de una época a la cual la Revolución dio la sorpresa de su triunfo y al mismo tiempo el enorme derrumbe, como el de una catedral en un terremoto, de la sociedad para la cual fieramente nos preparábamos.

Recuerdo mucho antes la llegada de un carruaje lustroso y al fondo del carro venía el coronel con su sombrero blanco, vestido elegantísimamente. Llevaron al niño para presentarle a aquel alto caballero y le hizo una pregunta: “¿Qué vas a ser cuando seas grande?” –una especie de lugar común. Ya tenía en su mano una moneda de un peso de plata para colocarla en el bolsillito del niño. **Quizás se sintió sorprendido con una respuesta que no venía de mí, sino de la lectura de la vida del leñador Abraham Lincoln: “¿Yo? Presidente de la República”. Subió el cristal y me dejó a correr mi suerte.**

Y luego acompañar a Silvia a llevar las guayaberas blancas y las sayas plisadas a las casas de los doctores y los vecinos.

El colegio fue un camino difícil: hablaba mucho en clases, me levantaba con cualquier pretexto, y la buena letra, que se hizo en el papel pautado con la pluma de cabo y la tinta china, que las maestras Blanquita o Silvia o Isolina trataron de conservar para siempre, fue aniquilada con aquel juicio perenne de otra maestra que no quiero recordar:

–¡Cállate!

–No, que...

–Mil líneas, dos mil líneas, tres mil... –hasta caer exhausto.

Y entonces la letra se hizo muy difícil: “No debo hablar en clases, no debo hablar en clases...”. Todavía hoy, quizás si estoy insomne, puedo recordar el castigo.

Pero fue muy importante el tribunal universitario. Recuerdo que el que lo presidía me preguntó: “¿Qué buscas en la universidad?, **y yo, que recordaba las frases rituales del bautismo “la fe que da la vida eterna”, le respondí: “Busco la sabiduría”.**

Aquí en el público hay por lo menos tres personas que, como fui viejo a la universidad, se acuerdan de mi comportamiento allí. **Recordaré siempre a la doctora Graciela Franchi-Alfaro, que me suspendió en Materialismo Histórico.** Claro, yo me acerqué y le dije algo tremendo. **Ella se preparó, con su perfil de águila, para rechazar cualquier reclamación a aquel suspenso. Le aseguré: “No, doctora, yo no vengo a que me enmiende la nota, vengo a que me ayude a razonar las categorías.** Mi formación es otra. Yo nunca me he creído objeto, sino sujeto”.

Ella estaba muy sorprendida y me aseguró: “Yo lo voy a ayudar”. Después saqué 4, y me alegro, porque ese era quizás el tope de la excelencia que podía esperar de la doctora.

Por eso hoy me alegro de que Carmen esté aquí, y recuerdo aquellos años en la universidad con mucha gratitud, sobre todo los compañeros que estaban en el banco conmigo, una miríada que después fue disminuyendo a un pequeño contingente, entre los cuales estaban mi querido y siempre recordado Panchito Pérez Guzmán, y Raida Mara Suárez, que hacía los resúmenes para mí cuando faltaba, y que me ha permitido hacer mucho hasta hoy; y desde luego, otros compañeros también, algunas muchachas que estaban embarazadas e iban a clases. Subíamos a clases de noche, después de haber terminado una obra de construcción.

Y esa obra de construcción era como eso que vemos ahora, el Palacio del Segundo Cabo, pero no existían grúas grandes ni medios algunos; éramos, de verdad, en aquellos años entre 1967 y 1979, solemnemente pobres; había que buscar dónde almorzar, dónde ir, y fueron los tiempos de esa carreta de dos ruedas que se conserva todavía, con la que me vieron buscar piedras en el muelle para el vestíbulo del Palacio de Capitanes Generales, o cargar aquel famoso mueble desde el Ministerio de Comercio Interior por la calle Empedrado, y que premió Alejo Carpentier con su comentario, que Lilia –mujer adusta y noble, mujer a la que debo mucho su amistad y afecto– me recordó un día, después de muchos años, y me alegró mucho saber, porque en realidad traté poco a Alejo Carpentier, menos de lo que hubiese deseado, pero sí mucho a Lilia.

En medio de esta historia, está el año 1959, en el mes de agosto. Llegar aquí a este lugar y después ser remitido a la oficina, en la Plaza de la Catedral, de Emilio Roig de Leuchsenring. Ni él ni yo sabíamos entonces el destino inmediato. Allí encontré a María, y a Gladys Monteagudo –a quien deseo hoy una recuperación posible en su salud–, su joven secretaria, que tanto me ayudaron. Sobre todo el carácter de Emilito, que ya enfermo y debilitado por el trabajo de los años, estaba perdiendo su facultad de hablar. Él sí fue un orador de barricadas, un temible contendiente de múltiples batallas, un escritor apasionado y tranquilo, que tenía sobre mí una ventaja: no asistía a reuniones.

Terminaba a la 1:00 p.m. su trabajo, salía caminando hasta su casa en la calle Tejadillo y se ponía a estudiar y a escribir sus colaboraciones para *Carteles* o revisaba libros. Allí lo conocí junto a María, su fiel compañera y amanuense, incomprendida mujer en aquel entonces,

que se había unido a un hombre que le llevaba 36 años de edad y al cual se dedicó con amor romano y del cual cuidaba. Fue la que se abrió en mi camino: “¿Para qué quiere ver usted al Historiador?”. María sería mi gran amiga durante largos años.

Sus restos los deposité personalmente junto a los de él en el jardín de San Francisco. Esos nombres no me sirvieron como escalinata para ascender. No hay un solo momento de mi vida en que no le agradezca a él por su obra, por su plenitud de vida, por su vocación tan cubana, tan martiana, tan antiimperialista, tan resuelta a dedicarse a una cuestión mayor, a Cuba.

Escuchando a Aracely, a María del Carmen, a Eduardo, **pensaba yo que lo más importante es Cuba. Todo cuanto he hecho se encamina a un objetivo mayor. Este es un país de grandes olvidos, donde se requieren sacerdotes cultores de los templos, porque de lo contrario, pronto se quedan desiertos** ¿Quién se acuerda de Enrique Gay-Calbó? ¿Quién se acuerda de Pedro Cañas Abril, de Sarah Izalgué, de Salvador Massip? Se mencionó a la doctora Hortensia; yo fui a visitarla a su casa en Juan Bruno Zayas cuando ya ninguna lupa le era útil, cuando sus ojos azules se habían quedado ya sin vida. En cuanto entraba en el salón, decía: "¿Es Leal?". ¿Quién se acuerda de su esposo, Fernando Portuondo? Un hombre tan bueno y generoso, un maestro de escuela, como ella.

A veces nos damos cuenta de que es necesario buscar la memoria de los cubanos y hablar de la importancia de la escuela, en la que tanto ha insistido Graziella; la importancia de la educación, la importancia de luchar contra toda forma memorística, de buscar la escuela creativa –que considera la emergencia como una circunstancia pasajera– que obligue a la búsqueda de la vocación.

Lo que me llevó a este trabajo fue la vocación. Fue muy difícil, porque cuando se enciende una luz, inmediatamente las sombras se apartan, pero un poco más allá continúan. He perdonado a todos los que de una forma terrible en aquellos primeros años se opusieron o no comprendieron. **Cuando se cerró el féretro de Emilito, alguien le dijo a María: “Todo ha terminado. Tú vas para tu casa ahora porque esto tomará otro camino”.** Fue muy difícil reunir su colección facticia que Aracely recordaba. Fue muy difícil recoger los libros de su biblioteca Francisco González del Valle. Nadie sabe quién fue prácticamente aquel gran amigo y hombre de la cultura cubana.

Tuve también la satisfacción de encontrar a las personas buenas, cuando nada se vendía, todo era un don. Vinieron los nobles en tránsito de partir, a entregar un cuadro, antes de que el Comité cerrara la casa, para que fuese directo al museo, o aquella persona que entregó sus papeles, **o la emoción con que la viuda de José de la Luz León me entregó el sobre que él me dejara, después de nuestras largas conversaciones en las que nunca me dijo que tenía el diario de Céspedes, ni las cartas calumniosas contra Ana de Quesada, escritas, por cierto, por algunos hombres ilustres.**

El sobre decía “Estos papeles son de mi patria”, y una petición que no pude cumplir: “Diga usted a Jorge Enrique Mendoza que por favor publique una nota en el periódico diciendo que José de la Luz León ha muerto en su patria”. El concepto de patria estaba por encima, era lo más importante para él.

O la viejita que llegó a la barbería cuando ya comenzaba a ser asediado por personas que me detenían, como ahora, en las esquinas. No se había inventado todavía el engendro de los teléfonos celulares, capaces de tomar fotografías –vienen muchas personas a tomarse fotografías (yo a veces, de acuerdo con la persona que sea, adopto una expresión adusta, para que no se me atribuyan ciertas compañías en el futuro, ni lo cuelguen en internet).

La viejita entró en la barbería de Gilberto y le preguntó: "¿Leal está aquí?". Me levanté un poco molesto, porque ya ni allí me dejaban tranquilo. Ella me dijo: “Yo solo vengo a entregarle esta cajita. Son recibos que voy a quemar, cosas de familia que pensé que a ustedes les podían ser útiles”. Venían dentro unos recibos de una tienda en La Habana Vieja, con un grabado que me permitió restaurar la marquesina, y otro recibo, y finalmente había una carta doblada.

Esa carta, dirigida a José Dolores Poyo, que José Luciano Franco abrió con emoción, decía: “No hay uno solo de nuestros viejos compañeros de armas que no sueñe con los días de glorias que darán a su patria al desenvainar su espada junto al vencedor de las Guásimas y de El Naranjo”, y poco después: “...quien intente apropiarse a Cuba, recogerá el polvo de su suelo”. **Me sentí aterrorizado. Nunca más volví a ver a la anciana, pero me di cuenta de que no podía salir como una fiera, que debía tener no ya paciencia, sino mirar con amor a aquel que viene, porque cualquiera era importante, cualquiera podía traer la rosa más preciosa, el diamante máspreciado –hablo metafóricamente.**

Quise conocer a Don Fernando, quise llegar a la ruina del Ateneo de La Habana para saludar a José María Chacón y Calvo, quise hablar con Gay -Calbó, con su voz queda, historiador de los símbolos nacionales, aquel maestro grande, con los más altos títulos de la masonería cubana. Él mismo era un misterio, era un símbolo del supremo grado 33. **También aprendí la necesidad de diferenciar en cada caso. Sabía que debía tratar con respeto y con deferencia a las personas.**

Que ofendería a Dulce María Loynaz si la llamaba compañera, al mismo tiempo que cuando le preguntaban por qué razón no se había ido de Cuba, respondía tajante: “Porque soy la hija del general del Ejército Libertador que escribió el *Himno invasor*”. Aprendí todas esas cosas que me permitieron ser flexible y ser uno más en la multitud de mi país, de mi patria.

No guardo rencor al pasado; al contrario, he creído en la necesidad de ir al futuro desde el pasado. Tengo mucho cuidado en separar, como hombre de la historia, lo perecedero y caduco, de lo perdurable y eterno. He creído siempre que hay que entrar en la historia sin sombrero, porque como he conocido a los grandes héroes contemporáneos, me imagino cómo fueron la vida, las dificultades, las confrontaciones y hasta los errores de los grandes hombres de la historia.

No he creído en la infalibilidad de los hombres ilustres; se les hace un pésimo favor a la sociedad y a la historia cuando se les considera infalibles. **Fue un acto demencial de Pío XI proclamarse infalible cuando estaba a punto de concluir el Concilio Vaticano I. Nadie sobre la Tierra lo es. Por eso escribí en el ensayo que precede al *Diario perdido* que las figuras más grandes son las que más grandes sombras proyectan, pero que solo puede entrar en las sombras el que ha visto la luz.** De lo contrario, ni entre, porque siempre será un profano, o más bien, un profanador.

Soy un hijo de mi tiempo, con todos los defectos personales que he tenido. Todavía recuerdo el rigor con que debí aprender la ortografía castellana, todavía siento todas las ausencias de la buena educación que obliga a los más jóvenes a estar en escuela desde la primaria hasta lo más alto. No me avergüenza decir que fui, soy y seré un autodidacto al que le tocó vender café a domicilio, con gran elocuencia ejercitada para vencer la resistencia de mis iguales, las sirvientas de las casas señoriles, que decían “la señora no está”, “aquí no compramos nada”, etc.

Fui vendedor de pollos, y recuerdo que muchos años después, en el núcleo del Partido del Palacio de los Capitanes Generales, llegó un anciano y resultó ser el dueño de aquella pollería que me explotaba y que ahora estaba transformado, gracias a esa capacidad de regeneración que tenemos los seres humanos. Trabajé en el hospital Calixto García, como mensajero de una farmacia; allí aprendí el dolor infinito de los que no podían comprar medicinas.

Fui un hombre de fe y lo soy. Nunca me avergoncé de ello. Pienso que me sirvió no tanto para tener confianza en una vida venidera cuando esta ya casi se acaba, sino para defender la libertad de creer o no creer de cada persona. He sido un defensor de la singularidad dentro de la igualdad y he creído en la unidad como el resultado de una suma de individualidades. Creo también que esta obra no es mía. A fines del año pasado, previendo lo inexorable, decidí hacer una lista de mis compañeros que ya no están, pero mi secretaria se equivocó y me pidió la dirección para enviar una carta. Le dije: “No, esa carta ya no podré enviarla, esa carta está en un buzón invisible y les pertenece a ellos”.

Puede el pintor hacer un lienzo magistral, puede hacer el poeta una obra maravillosa, pero para hacer lo que yo he tratado de hacer, en lo que me he aplicado, hacen falta muchas personas y una época. Emilito no pudo salvar el hospital de Paula; a duras penas salvó el templo frente a la geofagia de la empresa que se proponía ampliar el tranvía eléctrico de La Habana. Emilito no pudo impedir, ni sus compañeros, la demolición de los grandes muros de la cárcel – solamente quedó un fragmento de la pared donde fueron ejecutados dos de los estudiantes del 71. Solamente él y Gonzalo de Quesada lograron conservar los peñones de la Fragua Martiana que iban a caer bajo la especulación inmobiliaria. Gonzalito me explicó la historia verdadera de cómo se salvó aquel templo para el conocimiento y la obra de Martí.

Agradezco mucho a las personas que están en este público; les agradezco por el día, por la hora y por el momento. Les agradezco porque todo tiene su tiempo y su momento. Como decía al principio, no he podido disfrutar de eso que algunos gozan: la vanidad. Quiero agradecer también al gran hombre de esta época, el cual creyó en mi palabra y en mi trabajo después de Emilito: a Fidel. Sería de una cobardía y de una mezquindad imperdonables, que ahora que está anciano, como Sócrates, junto a la roca de pensar, y lejos ya de la vida pública, no le agradezca por su confianza y por las veces que estuve junto a él

y escuché su palabra como dirigente político y como ser humano en todas sus facetas.

Más que comunista, he sido fidelista –estoy como confesándome ante la historia–, porque era yo el más impreparado, de forma tal que la noche de aquel congreso en Santiago de Cuba, ante el barrunto de que vendría la hecatombe terrible, en medio de una lluvia que hizo temblar a quienes estábamos para salir ante el público que aguardaba a pie firme **la salida de los que habían sido nominados miembros del Comité Central y electos por los comunistas, él fue saludando a los distintos recién llegados, a Abel Prieto lo recuerdo, y después a mí, y le dije: “Sabría que llegaría a obispo, por la Iglesia o por el Partido”. Y heme aquí, no soy el mejor, pero creo ser el más original”.**

En cuanto al vestir, le diré a Eduardo la verdad: en esa época era el uniforme, no de los que combaten ahora un mosquito que espantaría a Finlay por su capacidad de hacer estragos masivos en la sociedad cubana –el cantor de Egipto ha regresado–, sino el traje de los médicos que iban al campo, y el de los cortadores de caña, y como esto fue una obra de construcción que duró tanto tiempo, me vestí con la ropa de los trabajadores.

Pero no me dieron trabajadores, me traían presos. Primero venían a regañadientes, porque venían a algo que no conocían, después los enamoré con la fantasía de una arqueología que para ellos resultaban maravillosa: se buscaban túneles y subterráneos de palacios que en buena medida aparecieron. Yo me vestía como ellos. Me trataban con mucha amabilidad y algunos preguntaron si yo los aceptaría como trabajadores cuando terminaran sus condenas. Dije: “Claro que sí”. Algunos volvieron y me acompañan con mucha lealtad, con la diferencia de que ahora el uniforme lo uso yo.

Soy un prisionero de mi ciudad y de la obra. Quise hacer, como dijo Simón Rodríguez, un paraíso para todos, y en cierta medida construí un infierno para mí. Alguien dijo, creo que fue Aracely, que también fui empresario, y en realidad es lo que más dolores de cabeza me ha dado, porque lo peor que le puede pasar a un intelectual es que le den tareas administrativas –déjame no decir mucho, porque a lo mejor me las quitan y no puedo decidir. Aprendí en la iglesia maravillosa de Milán, Santa María de la Gracia, donde se ha salvado de un bombardeo *La última cena*, de Leonardo, que allí también podía estar Judas, aunque como un acontecimiento providencial, y tendría que

preguntarse hoy el filósofo casi al borde del agnosticismo: ¿si Dios está en todas partes, por qué permitió aquella traición?

(Palabras pronunciadas el 21 de noviembre de 2012 en el espacio El Autor y su Obra, organizado por el Instituto Cubano del Libro, dedicado a él)